

Argentina: el comandante en jefe explica muertes y desapariciones

Por Renato PICCHIA

BUENOS AIRES. El Día del Ejército se celebra en la Argentina como uno de los fastos más relevantes en el país. Es habitual que en esta celebración, la figura de mayor jerarquía del arma se refiera a los asuntos específicos del quehacer castrense e incursione en temas políticos si la coyuntura lo hace necesario.

El tema de los derechos humanos acaba de entrar en la galería de oraciones del comandante en jefe del Ejército, inaugurando así un tema no habitual en su larga serie de peroratas. En el Colegio Militar de la Nación, el teniente general Roberto E. Viola explicó del siguiente modo la índole y la magnitud de la represión que las fuerzas armadas argentinas emprendieron desde antes de tomar por sí mismas el poder el 24 de marzo de 1976:

"Este Ejército de hoy, este Ejército victorioso que me enorgullezco en comandar, dio muestras de ser digno heredero de quienes hicieron la patria. Las honrosas cicatrices de una guerra que no buscamos ni provocamos son prueba fehaciente de su calidad.

"Por ejercer el poder militar terrestre de la Nación, el Ejército recibió de ésta, a través de sus órganos de gobierno, la responsabilidad primaria en la conducción de la lucha contra el terrorismo. El Ejército combatió en los montes, en los campos y en las ciudades hasta prácticamente aniquilar las bandas armadas que pretendieron llevarnos al caos y la anarquía. Preten-

dían imponer en el país un poder despótico y un estilo de vida que nada tiene que ver con sus más caras tradiciones, costumbres y convicciones.

"Hoy, con el triunfo en sus manos y ante las voces que se alzan en el exterior tratando de desnaturalizar esa victoria, el Ejército siente la necesidad, la atribución y el deber de hacer oír clara su voz al respecto.

HUBO GUERRAS

"Debe entenderse que aquí no ha habido —no podía haberla en un país históricamente pionero en los derechos del hombre— violación alguna de los derechos humanos. Aquí ha habido guerra, violencia salvajemente desatada por el terrorismo, enfrentada con toda decisión y vencida por las Fuerzas Armadas. Los apátridas, en el desesperación de su derrota, apelan a la calumnia y la mentira, para que el mundo no sepa cómo fueron militarmente vencidos.

"Esa guerra sí tiene, como todas, y por eso es guerra, una dimensión distinta del valor de la vida. Se rompen diques y barreras; la vida y la muerte se juegan en aras de la victoria. Lo peor no es perder la vida. Lo peor es perder la guerra. Por eso el Ejército, recuperado hoy ese valor de la vida, puede decir al país: hemos cumplido nuestra misión. Esa es su única y creemos suficiente explicación. El precio el país lo conoce y el Ejército también.

"Esta guerra, como todas, deja una secuela; tremendas heridas que el tiempo y solamente el tiempo, puede resta-

ñar. Ellas están dadas por las bajas producidas; los muertos, los heridos, los detenidos, los ausentes para siempre. El Ejército lo sabe, lo sabe y lo siente, porque no es inhumano ni insensible. Lo sabe y lo siente porque tiene sus propias heridas.

"El Ejército lo sabe y lo siente, porque su misión se lo impone y por eso viene hoy a decirle al país estas cosas, en la palabra de su comandante. No se busquen explicaciones donde no las hay; no se busquen justificativos donde no cuadran; no se deforme la realidad; no se malogre el duro precio de la victoria militar.

"La delincuencia terrorista creyó con desmedida soberbia que asesinando podía quebrar la voluntad de vencer de los hombres de armas y de la inmensa mayoría de la población. Lamentablemente estaba integrado por hombres y mujeres circunstancialmente nacidos en este suelo generoso. Se engañaron ellos, engañaron y ensombrecieron el suelo de su cuna. Engañaron a los suyos cuya ansiedad ellos provocaron y nadie hoy puede legítimamente consolar. Esa circunstancia, a no dudar, ensancha la brecha de las secuelas de la guerra, porque las familias afectadas sin culpa, por el dolor, son también argentinas. El Ejército lo sabe y lo siente, su única explicación es la libertad que la patria le encomendó asegurar".

UNA METODICA CARNICERIA

Todos los diarios del país,

sin excepción, dieron realce al discurso, mucho más extenso de lo que esta breve reseña puede sugerir. Y del mismo modo están comentando sus aspectos más salientes, de entre los cuales se destacan los referentes a esta elusiva admisión de que las Fuerzas Armadas argentinas dieron el nombre de guerra a una operación dilatada que aún no tiene trazas de concluir y que sólo merecería el nombre de tal en los muy contados casos de enfrentamientos bélicos, ocasiones en que las irregulares guerrillas pretendieron apoderarse de guarniciones y entablaron combate abierto, en todas las oportunidades con resultado adverso. El resto fue —y aparentemente lo sigue siendo— una metódica carnicería que muy poco tiene de militar y sí de selecta eliminación del adversario por el hecho de serlo o por la sospecha de su potencial peligrosidad. En este caso corresponde hablar de terrorismo de Estado, en un estilo que ya supera a los de Hitler y Mussolini en Europa.

Esta caracterización no procede de quienes, a su vez unilateralmente, podrían bendecir los actos terroristas cometidos contra militares y civiles a partir del crimen ritual ejercido en la persona del general Pedro E. Aramburu. Por el contrario, es el *Washington Post*, diario de la derecha liberal de Estados Unidos, el que acaba de sentenciar, en editorial titulado precisamente "Argentina sangrienta", que el gobierno de Videla y Viola "podría muy bien ser calificado como el más sanguinario del mundo", después de que abandonara el cetro en ese campeonato internacional el lúgubre ugandés Idi Amin.

Para esta afirmación, el *Washington Post* no se apoya en informes de los sectores afectados, que en opinión de Viola son los "apátridas" que "apelan a la calumnia y a la mentira", sino en las conclusiones elaboradas por un comité de abogados neoyorquinos después de un viaje a Buenos Aires autorizado por el propio gobierno. En síntesis, el informe menciona miles de arrestos, trato inhumano de presos y "por lo menos 10 mil ciudadanos desaparecidos desde que Videla llegó al poder en 1976". A estos desaparecidos quizás se refiera la singular expresión de Viola, "los ausentes para siempre". Viola no mencionó esta vez lo de "guerra sucia", tan habitual en los discursos de Videla. Pero si guerra es, como lo afirma Viola, la disparidad entre las víctimas "buenas" y las "malas" es tan impresionante, que explica por qué el gobierno, que tanto abunda en datos sobre los crímenes de las guerrillas, no haya dado cifras sobre los caídos en las "batallas". Ni de los "ausentes para siempre". Y este tipo de datos hasta los chinos acaban de darlos luego de su aventura en Vietnam.